

dor de S. M. Cristianísima. M. de Havré hizo á la princesa pasar al otro lado de la mesa, y fué francesa con solo dar tres pasos.

Una salva general de toda la artilleria de los fuertes, las murallas y los navios, anunció este momento.

Entonces la princesa entró en las habitaciones situadas en la parte de la casa de la ciudad que pertenecía á la Francia, rodeada ya de su servidumbre francesa, que principiaba desde aquel momento su servicio cerca de su persona. Sus damas la desnudaron, y los vestidos que tomó en seguida fueron todos de las manufacturas del reino. Interesante emblema, que la advertía que en adelante todo debía ser francés en su persona.

El desenlace de la ceremonia reparó á los ojos de la princesa, su interminable longitud, y los fastidios de una etiqueta, cuya alta importancia no apreciaba. Al estremo de algunos pasos que cambiaron su destino y su patria, ella se encontró francesa, no solamente de nombre, sino de corazon. Tenia tan poco que hacer para serlo! Su espíritu y su alma se habian adelantado á las metódicas lentitudes del ceremonial. Sus primeras palabras habian sido estas al tocar el suelo de la Francia: «Hé ahí mi patria.» Y mostrando á los franceses; Hé ahí mi familia.»



LIBRO QUINTO.

Itinerario de la duquesa de Berry de Marsella á Fontainebleau.—Aix.—Orange.—Montelimart.—Valencia.—Viena.—Leon.—En Leon es arengada por M. Bastard de Lestaug.—Recibe á los artistas.—Sus cartas al duque de Berry.—Respuestas del príncipe.—El bosque de Fontainebleau, la cruz de Saint Heren.—El rey y la familia real reciben á la duquesa de Berry.—Etiqueta y ceremonial.—La alfombra es neutral?—La princesa se arroja á los pies del rey.—Su entrada en París.—Ceremonial del desposorio en la iglesia de nuestra Señora.—Regocijos y amnistia.

Para dirigirse á Fontainebleau, en donde la esperaba el rey, la familia real y el duque de Berry, madama la duquesa tenia que atravesar una parte de la Francia, en la que su itinerario debía estar marcado por fiestas. Despues de Marsella, la magnífica ciudad, tan rica, tan importante, tan bella, que Enrique IV exclamó al saber su sumision: «Amigos míos, ahora es cuando puedo llamarme rey de Francia, porque acabo de entrar en posesion de la mas rica joya de mi corona;» despues de Marsella, Aix, la antigua silla de los parlamentos de Provenza, Orange, orgullosa por sus antigüedades romanas; Montelimart, con sus recuerdos de la edad media; Valencia, que se eleva como la reciénvenida de aquellas comarcas; Vienne, toda romana aun en su arquitectura, tanto ha sabido edificar para la eternidad la mano del pueblo rey, Vienne con su gótica iglesia de San Mauricio, admirable por aquella gigantesca nave,

aquella bóveda sembrada de estrellas oro, aquellas prodigiosas escaleras, aquellas mil columnas; Leon, la ciudad de las manufacturas, Leon elevándose en medio de las riberas del Saona y el Ródano con su roca de Pierre-en-cise y el puente de la Guillotiere, Leon, visitada por los furiosos de la revolucion, que no respira sino al abrigo de los grandes príncipes, y cuya industria tiene necesidad para existir de las magnificencias de la monarquía.

La joven duquesa pasaba, digámoslo así, una revista de ciudades, y á medida que adelantaba en Francia, las ideas que se habian formado de su grandeza y su poder, se encontraban sobrepújadas por la realidad. En todas las ciudades se la dirigian arengas. En Marsella habia sido recibida por el conde de Villeneuve de Bargemont, el marqués de Montgrand, y todas las autoridades civiles y militares: en Leon M. Bastard de Lestagn primer presidente de la real audiencia, le habia espresado la eterna adhesion de que estaba entonces animado por su augusta familia: M. de Chabrol Crusól, prefecto del departamento, cuyo destino político debia ser un día mas alto, y cuya vida debia permanecer siempre pura, y el conde Fargues, corregidor de la ciudad, acompañado de sus adjuntos, habian recibido á la princesa. No conservando de su origen italiano mas que su amor á las artes, ella se hizo presentar los pintores y los escultores, M. Revoil, M. Laurent, y todos aquellos que honraban la hermosa escuela leonesa fundada por Richard.

La princesa estaba conmovida de aquella acogida, pero algun tanto fatigada de las ceremonias. Casi todos los días escribia al duque de Berry para darle parte de sus impresiones: casi todos ellos tambien una carta del príncipe venia á hablarla de su impa-

ciencia, y felicitarla del efecto que producía su presencia. En sus simpatías, como en sus aversiones, la Francia se decide pronto: la mayor parte de sus juicios son sentimientos: ella desecha ó adopta por instinto mas bien que por reflexion; así pues habia adivinado el caracter de aquella francesa que le llegaba de Italia, y la habia adoptado.

Esta correspondencia de los dos esposos es la mejor historia de la duquesa de Berry en aquella época: van á verse en ella sus impresiones y sus sentimientos en aquella solemne circunstancia de la vida.

En el lazareto de Marsella 26 de mayo 1816.

«Vuestras amables cartas, monseigneur, me han habituado ya á amaros. Yo debo á V. A. R. el informarle con la confianza que me inspira, de todo lo que hago aquí, y por decontado de mi salud, que es muy buena. Me levanto bastante tarde, porque gusto de dormir por la mañana; y así no oigo misa hasta las nueve ó las diez. El buen duque de Havré se toma el trabajo de venir desde muy lejos á asistir á ella, así como el prefecto M. de Villeneuve Bargemont, M. de Montgrand, corregidor, y los diputados de sanidad, cuando los negocios públicos se lo permiten. Así vienen á verme á la distancia *respetuosísima* que impone las leyes de la cuarentena. Despues me retiro á mi cuarto hasta la comida, y concluida esta, me aprovecho de la excelente sociedad de madama de la Ferronays: sin duda á el afecto que os tiene, debo la interesante prueba de su adhesion en venir á encerrarse conmigo. Yo soy muy sensible á ella, como á la peticion de la duquesa de Reggio de hacer lo mismo. A esta tengo el gusto de verla en el locutorio con las señoras de Gontaut y de Bouillé, y los señores de Levis, de Mesnard, y todos los demas que el duque

de Havré me ha presentado. Esta es ocupacion de la tarde, antes del paseo ó la pesca, placer que me han procurado dos veces los intendentes de sanidad, los cuales se manifiestan muy descosos de emplear todos los medios para hacer mas grato mi retiro. El jueves anterior he dado un hermoso paseo por mar, en una preciosa falua que el comandante de marina ha hecho traer de Tolon: se podia entrar en el puerto, y como pareció que los buenos habitantes de Marsella han quedado contentos de que se haya encontrado este medio para hacer que me vean, he pedido renovar el paseo hoy, si el tiempo lo permite: tambien me han obsequiado varias veces con músicas; en fin, señor, nada se omite de lo que puede serme agradable. Mi reconocimiento os aseguro que llega al estremó, y quisiera mostrarle como lo siento; pero no es posible vencer tan repentinamente mi timidez. Mi edad, y las pocas ocasiones que he tenido de parecer en público, deben excusarme para los que saben estas razones: los demas no me juzgan acaso con tanta indulgencia. Yo lo sentiria sobre todo, con respecto á V. A. R., á quien quisiera hacer experimentar todo género de satisfacciones. Piensan hacerme ver á Tolon; yo gozaré tanto mejor de este placer, cuanto esta correría no es un retraso, puesto que no se hace mas que emplear los dias de gracia que la junta de sanidad me ha concedido: esta es disposicion del escelente duque de Havré. No escribo al rey nuestro tio, ni á vuestro padre, por no molestarlos, pero tened la bondad de ser para con ellos el intérprete de mis sentimientos de respecto y estimacion, asi como de los de mi amistad á monseigneur el duque, y madama la duquesa de Angulema. Quanto deseo hacer parte de esa familia que me es ya tan querida! Vos, señor, me enseñareis á agradecerla; me direis fran-

camente lo que debo hacer para conseguirlo, y sobre todo para merecer vuestra ternura.»—*Carolina.*»

Paris 26 de mayo 1816.

«No puedo espresaros, señora, mi felicidad al saber vuestra llegada á Marsella. Yo habria querido abreviar la fastidiosa cuarentena de V. A. R. y temo que se os haga el tiempo demasiado largo. Vos habeis ganado ya los corazones de los que no han hecho mas que entreveros. Sois ya tan amada en Francia, se desea tanto veros! Cuando yo salgo ahora ya no se grita *viva el duque de Berry!* Sino, lo que me causa mucho mas placer» *viva la duquesa de Berry, viva la princesa Carolina!*

«Yo querria, señora, prevenir todos los deseos de V. A. R., saber lo que podria agradeceros. Aqui tendreis una habitacion encantadora, que toda la familia se ocupa en arreglar. Gustais de montar á caballo, y yo os busco ya los caballos mas maestros; yo se que no teneis miedo, pero yo le tengo por vos. A propósito de valor, se que habeis estado en gran peligro en el mar, cerca de esa malhadada isla de Elba, de donde partieron todos nuestros males el año último. Esto me ha hecho temblar, pero me he complacido en saber que no habeis manifestado el menor temor. La sangre de Enrique IV y de Luis XIV no puede desmentirse.

«Adios, señora, mi querida amiga, mi buena y amable esposa: esperando el 15 de junio, que está bien lejos, me complazco en repetiros que os amo, y que haré quanto de mi dependa para haceros feliz.»—*Carlos Fernando.*»

Marsella 2 de junio de 1816.

Que placer para mi, mi querido señor, recibir

vuestras amables cartas en cinco dias, aunque tan rápidamente escritas! Permitidme por ello una pequeña reprension á V. A. R. Sin duda me lo perdonareis, puesto que me asegurais vuestros deseos de procurarme toda clase de felicidades, y retardais la que tengo en leer vuestras cartas por el estudio que necesito hacer de vuestra letra. No vayais por esto á juzgarme difícil y regañona.

Ayer tarde he llegado á Tolon, donde todos los momentos han sido empleados en recibir homenajes y obsequios tanto sobre el mar, como en tierra. La ciudad entera estaba adornada, y cubierta de emblemas é inscripciones alegóricas; es imposible describir el entusiasmo de estas buenas gentes de la Provenza: ellos me agovian, conmueven sensiblemente mi corazon por las repetidas espresiones de su amor al rey y á toda su familia: ellos tienen al mismo tiempo la delicadeza de unir en sus aclamaciones á mis parientes de Nápoles. No es esto encantador? Todas las autoridades son en general excelentes; ellas son las que sostienen este buen espíritu. Yo he visto con placer el valiente *Rousse* de Tolon, el único que ha hecho reconocer á Luis XVII, y que continua con una entera y desinteresada adhesion haciéndose útil á su pais y al rey.

Me han conducido á los arsenales: el de tierra, que no existia hace cuatro meses, se halla ahora en estado de armar mas de treinta mil hombres, lo que se debe en gran parte á la infatigable actividad del coronel encargado de él, cuyo nombre es M. de la Ferriere. Este pequeño viage me ha interesado en todo. Creo que en ninguna parte se puede tomar una idea mas exacta de los medios y la grandeza de la Francia, que visitando este hermoso puerto. Si tanto efecto ha hecho sobre mí, que nada entiendo de ello, cual

debe producir sobre las personas que tienen conocimientos? Trece dias me faltan para veros, mi querido señor: entonces juzgaré por mi misma de todo el bien que oigo decir de vuestro corazon, de vuestro espíritu, y cuando os repetiré que soy y seré por toda la vida vuestra fiel y apasionada.—*Carolina.*

1.º de junio.

«El principe de Castelfeala, me ha entregado ayer, señora y mi amada amiga, cartas para vos de vuestros queridos parientes, y no quiero perder un momento en remitirlos. Tambien he recibido hoy noticias vuestras de Marsella del 23. Se que encantais á todos los que os rodean, y aun á todos los que llegan á veros. Vuestro paseo en la falua ha tenido un gran suceso, y sobre todo la promesa que habeis hecho de repetirlo. No os escribiré hoy una carta muy larga, enviándoos otras que deben interesaros mas. Actualmente me ocupo en buscaros caballos, y espero encontrarlos que os agraden: hemos estado á ver el azafate que os regala el rey, y no dudo os complacerá: hay sobre todo, un vestido de baile, que me encantará el vérosle puesto. Mi padre está formando vuestra biblioteca, mi hermano y su esposa adornan vuestra cámara: cada uno de nosotros tiene un placer tan dulce en agradaros! y quien lo desea mas que el que os está unido por los mas sagrados lazos? Mis treinta y ocho años no dejan de asustarme continuamente: yo sé que á los diez y siete deben pareceros viejos todos los que se aproximan á los cuarenta. No me lisonjeo de inspiraros amor, pero si aquel sentimiento tan tierno, mas fuerte que la amistad misma, aquella dulce confianza que nace de ella. Veo que no concluyo, y teneis que leer vuestras cartas. Adios. Quince dias todavia! Beso las manos de mi esposa con todo el amor de mi corazon.—*Carlos Fernando.*»

París 4 de junio de 1816.

Ayer he recibido, mi muy querida amiga y Señora, vuestra buena y amable carta del 27. Todo el mundo dice mucho bien de vos, pero yo juzgo aun mas de lo que valeis por vuestras cartas, en las que encuentro cuanto es necesario para encantarme. Me pedis que os dé consejos; yo os diré todo lo que crea os puede ser util. Os quejais de vuestra timidez: ella parece muy bien en vuestra edad, y vos sabeis unir-la con la bondad y la nobleza. Estais rodeada del amor de los habitantes del mediodia, que son muy buenos, sois un preságio de felicidad para la Francia, y el terror de los facciosos.—*Carlos Fernando.*»

Montelimart junio 5 de 1816.

«Vuestra carta, señor, del 13 de mayo, ha llegado á mis manos antes que me haya sido posible concluir mi respuesta á la del 26. Yo os doy gracias sensiblemente, tanto por la segunda como por la primera: me habeis causado el mayor placer remitiendome las de mis parientes.

«Se continua haciendome ver la Francia engalanada. En todos los lugares por donde paso, son continuas las aclamaciones, asi como las felicitaciones de las autoridades. Yo soy infinitamente sensible á ellas, pero os digo en confianza á vos, para quien nada tengo oculto, y para vos solo, que siento el peso de estos honores y que jamás serán capaces de embriagarme. Ya se me hace tarde, el gozar de una vida pacífica en el interior de la familia. Reciba V. A. R. entretanto, la seguridad de mi ternura que durará tanto como mi vida.—*Carolina.*»

Leon 9 de junio 1816.

«Vuestras cartas de 4 y 5 de junio, señor, me han

sido entregadas la noche de mi llegada á Leon. No quiero repetiros cuantas gracias os doy por ellas: de una vez para siempre, contad con mi lierno reconocimiento, y estad seguro de que nada se escapará mi sensibilidad que habeis interesado vivamente.

Decis, señor, que estais contento de mí? Está es sin duda para tranquilizarme, porque yo conozco que me falta mucho, muchísimo, para ser lo que yo querria para agradaros, y para corresponder á la idea demasiado lisongera que se os ha dado de Carolina. Creed en su buen corazon, en su deseo de corresponder á vuestra confianza concediendos la suya por entero; he ahí todo lo que yo puedo ofreceros; vuestros cuidados, vuestras bondades harán lo demas.

«Soy muy sensible á todo lo que se hace para hermosear mi habitacion y adornar mi persona. Cómo manifestar á todos mi reconocimiento? Vos me ayudareis, señor: solamente con respecto á vos me ensayo ya á no tener necesidad de intérprete, porque os digo francamente que sois infinitamente querido de vuestra.—*Carolina.*»

París junio 9 de 1816.

«Os escribo, señora y querida amiga, por uno de los mas decididos servidores de nuestra casa, por un hombre sumamente regocijado de nuestra union, por el príncipe de Castelcicala. No tengo necesidad de recomendarosle: él me conoce bien, habiendome visto tan largo tiempo en Inglaterra. Con que placer tomaria su lugar! Con que es dentro de seis dias cuando os verá! Siempre he temido no pareceros bien, porque los pintores de París no son como los de Palermo: estos son aduladores. Con que placer estrecharé vuestra mano! Estrebad tambien la mia, sino os desagrado demasiado. La violencia en que estaré durante dos dias, me molestará mucho. Carolina mia,

voy á ocuparme de vuestra felicidad, de vuestros placeres. Se que gustais de los espectáculos; ya tengo apuestos en todos los teatros. Tengo un lindo campo de que se os habrá hablado; iremos juntos á él con frecuencia. Yo cazo muy amenudo; me acompañareis en birlocho. Vos gustais de la música; yo tambien. En fin, señora, yo trataré de haceros feliz, y espero conseguirlo. Vos teneis, si debo creer á todo el que os ha visto, bondad, dulzura, talento, alegría; qué mas se puede desear? Sin embargo, si nos encontramos mútuamente algunos defectos, tierna indulgencia será nuestra divisa.—*Carlos Fernando.*»

Fontainebleau, junio 12 de 1816.

Vuestra carta de Leon, que recibo de mano del rey, me ha causado un placer, que no puedo expresar. Yo estoy encantado de que me riñais por mi mala letra; teneis sobrada razon; pero al escribiros mi corazon me arrebató, y no teneis idea del esfuerzo que tengo que hacer para que mi letra os sea inteligible. Aun tres dias! La impaciencia por veros me abrasa. Yo experimento tambien hoy una gran felicidad: poseo vuestro retrato. A lo menos este no os desfigura absolutamente; y aunque esté un poco exagerado, se puede ser aun muy agradable sin ser tan linda como este retrato.»

Fontainebleau junio 13 de 1816.

«El príncipe de Castelcácala me entrega vuestra carta de Moulins, que es mas amable aun que las otras. En fin, mañana es cuando veré á mi esposa, á aquella cuya felicidad debe ser obra mia.»

El 14 de julio la princesa acababa de atravesar la ciudad de Nemours. «Estamos, señora, en el bosque de Fontainebleau,» le dijo la duquesa de Reggio, su

dama de honor. Esta sencilla palabra produjo un efecto extraordinario sobre la princesa. Iba, en fin, á ver al príncipe á quien estaba unido su destino, á la real familia que la recibia en su seno, y esta esperanza, que duraba despues de largo tiempo, tocaba ya á su término.

El bosque de Fontainebleau estaba lleno de encantos. Todo sonreía á la real viagera al través de un velo de verdura, y cada tronco de árbol ocultaba, por decirlo asi, una fiesta. Aquel hermoso bosque de Fontainebleau, amado de Enrique IV y de Luis XIV, recibia bajo sus magestuosas sombras á su nieta: poblado de una inmensa multitud reunida para ver á la princesa, parecia ofrecerle la bienvenida á la vuelta de cada alameda. Bien pronto se distinguieron á lo lejos dos pabellones en forma de tiendas, que se elevaban adornados del doble escudo de Francia y de Sicilia.

Madama la duquesa de Reggio dijo tambien ahora: «Debo advertir á S. A. R. que llegamos á la cruz de Saint Heren; aqui es donde la señora Duquesa de Berry encontrará la familia real.»

Algunos minutos despues se detuvo el coche.

«El rey viene al encuentro de S. A. R., continuó Mad. de Reggio.

Al apearse del coche, madama la duquesa de Berry encontró la etiqueta que la esperaba á su portezuela. Todo el ceremonial habia sido arreglado al matrimonio de Luis XV, cuyo recuerdo se habia escrupulosamente resucitado. La jóven princesa debia adelantar solamente la mitad de una alfombra tendida sobre el cesped, en tanto que el rey conduciendo la familia real, andaba la otra mitad; pero con su vivacidad enteramente francesa, la duquesa de Berry conoció que su paciencia no llegaria al extremo de la

BIBLIOTECA ALFONSENA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

alfombra ni del ceremonial. Acordóse de la neutralidad de la casa de la ciudad de Marsella, y no pudo contenerse de preguntar á media voz, si la alfombra era tambien neutral. Entonces adelantandose hácia el rey, se arrojó á sus rodillas con una gracia encantadora. El rey se apresuró á levantarla, la abrazó, y despues presentándola al duque de Berry: «Sobrino mio, le dijo, mi hija es la que os entrego, porque la amo ya como tal. Hacedla feliz.»

Seguidamente se efectuó la presentacion á *Madama*, á *Monsieur* y al duque de Angulema. No sin una profunda emocion respondió la duquesa de Berry á la acogida que la hizo *Madama*, aquella santa princesa, que el rey se complacia en llamar su ángel consolador y su Antígone, que ya tan grande por sus desgracias se habia hecho mucho mas por su valor en los cien dias.

El 16 de junio, dia señalado para la entrada de la duquesa de Berry en Paris, el cielo estaba sombrío y cubierto. Habituada al hermoso clima de Nápoles, donde jamás falta el Sol en las fiestas, experimentó cierta tristeza á la manera de un siniestro preságio. Pero en el momento de subir al coche, la atmósfera se aclaró casi repentinamente, lo que fué ocasion de atribuirle aquella serenidad inesperada, segun el uso inmemorial de los discursos y las alocuciones.

La entrada fué hermosa y magnífica (1), pero

(1) A las cuatro el cañon de Vincennes anunció la venida de la familia real, y la comitiva que la precedia se formó en la barrera del trono.

Marchaba delante el estado mayor de la plaza, y despues sucesivamente

Un destacamento de guardias nacionales de los departamentos comarcanos.

Un regimiento de Dragones.

las fiestas de matrimonio que principiaron el dia siguiente sobrepujaron aquellas pompas. Los cuatro testigos nombrados por el rey eran el mariscal duque de Bellune, el conde Barthelemy, el primer presidente de Seze y M. Bellart. De este modo el ejército, las dos cámaras y la magistratura estaban representadas en este matrimonio.

Era un espectáculo bien digno de producir graves reflexiones, el de aquella antigua dignidad real viniendo á poner sus esperanzas al pié de los altares, en la mas antigua de las basílicas, y pidiendo al dios de san Luis y de Luis XIV la prolongacion de una estirpe tan fecunda en grandes príncipes. Y los espíritus ocupados de una reminiscencia involuntaria, venian á recordar aquellas otras pompas no menos brillantes que llenaban el mismo lugar cuando la hija de los césares unia su destino al de un hombre

Los húsares de Berry.

El estado mayor de la guardia, mandado por el duque de Reggio.

La guardia nacional de caballeria.

Los primeros carruages de la comitiva.

Los guardias de corps.

El coche del rey, en el que S. M. tenia á su izquierda á S. A. R. la duquesa de Angulema, y delante al duque y la duquesa de Berry. *Monsieur* y el duque de Angulema, iban á caballo á las ventanillas, el magnífico cuerpo de granaderos á caballo de la guardia, destacamentos de gendarmaria, y los carruages de la corte cerraban el acompañamiento; la multitud de espectadores en toda la longitud de los baluartes era prodigiosa, y la vivacidad de los gritos *viva el rey, viva los Borbones*, era proporcionada al número de los espectadores. Eran cerca de las seis y media cuando la comitiva entró en las Tullerías por la puerta del Louvre. El rey condujo á la princesa al pabellon Marsan, la felicitó por su llegada, y entró en seguida en sus habitaciones.

que, remontándose de victoria en victoria, elevó en fin tanto su cabeza, que la corona tomando su frente por una frente real, vino á colocarse en ella por sí misma. Y sé recordaba aquella admirable fortuna seguida de tan prodijiosos reveses: despues á la vista de la casa de Borbon, sobreviviendo á todos los muertos y volviendo de todos los destierros, se decia que el genio cae ó muere, y que solo los principios son eternos (1).

Nada faltó al matrimonio de la duquesa de Berry, ni las magnificencias de los poderosos de la tierra, ni los regocijos mas santos y mas bellos de la humanidad doliente. El rey dotó quince huérfanas elegidas en los diferentes distritos de París, y que la mayor parte habian perdido sus padres en el campo

(1) La ceremonia del matrimonio se efectuó en nuestra Señora el 17 de junio de 1816. Aquella iglesia habia sido adornada con tanto gusto como magnificencia. En el esterior un pórtico de diez y seis columnas sosteniendo un anfiteatro, ocupado por músicos y espectadores, precedia á la pompa interior. Las bóvedas de la gran nave estaban pintadas de azul sembrado de lises doradas: los arcos y los órganos adornados de cifras y escudos de armas sostenidos por famas: otros escudos pendientes de las columnas presentaban de tres en tres, los timbres de las buenas ciudades del reino, y mas arriba, bajo el segundo órden habia colocados elegantes canastillos cargados de flores y frutas.

Cuatro grandes columnas coronadas de ricas banderas cubiertas de divisas, y adornadas en sus basas con los emblemas de la justicia, del comercio, de las ciencias, de la navegacion, de las bellas artes, de la guerra, se alevaban en los cuatro pilares del crucero: el lujo del coro era aun mas notable: ricas colgaduras de terciopelo azul sembradas de lises de oro, trofeos, emblemas de las buenas ciudades, candelabros de oro, grupos de banderas representando los doce corregimientos de París, y por cima de todas el antiguo oriflama. Una profusion de lámparas, de girándulas, de arañas de cristal de roca, cargadas de innumerables bugias, iluminaba esta escena imponente.

de batalla. El duque de Berry se consolaba de no haber podido combatir á la cabeza de los padres, haciendo participar á las hijas de las liberalidades de su matrimonio. Un gran número de presos por deudas fueron puestos en libertad por la munificencia del monarca. La amnistía fué á buscar los condenados por causas políticas, y los libró del peso de su cautiverio; las multas fueron perdonadas. Los Borbones han sido siempre sobre todo clementes y limosneros: en esta gran circunstancia ponian, segun el uso de su estirpe, sus felicidades en comun con el dolor y la miseria. Podia haber alegría para los hijos de san Luis, sin que fuese señalada por el alivio de los pobres, y la libertad de los presos?

Las autoridades civiles y militares, la magistratura, las diputaciones, los pares, los miembros del cuerpo legislativo, los embajadores, el cuerpo diplomático, las academias, llegaron sucesivamente, y tomaron su lugar acostumbrado.

A las doce el estampido del cañon, el ruido de los tambores batiendo marcha, el sonido de las campanas, y los vivas de la multitud, anunciaron la llegada de la comitiva. La entrada en la iglesia fué en el orden siguiente: Los oficiales de las diversas casas, el principe de Condé, el duque de Angulema, *Monsieur* el duque y la duquesa de Berry, el rey colocado bajo el palio llevado por cuatro canónigos, la duquesa de Angulema, la duquesa viuda de Orleans y la duquesa de Borbon.

Solo faltaban á esta ceremonia el duque y la duquesa de Orleans, y el duque de Borbon que todos tres estaban en Inglaterra. El rey llevaba un uniforme con una ancha bordadura de oro; *Monsieur* el uniforme con bordadura de plata de coronel general de la guardia nacional: el duque de Angulema el uniforme de grande almirante de Francia, y el principe de Condé el uniforme blanco de coronet general de la infanteria francesa.

El duque de Berry llevaba un vestido bordado de oro, con el manto de corte. El adorno de la duquesa de Berry, centelleaba con la pedreria de la corona.

La comitiva se componia de 24 coches de las caballerizas del rey, y 12 de las de *Monsieur*.